

III° Domingo de Pascua

La hermana Helen Prejean, en su libro *Pena de Muerte*, cuenta acerca de sus visitas a los prisioneros condenados a muerte. También visitó a los padres de ellos para consolarlos. Después supo que los padres de las víctimas estaban enojados con ella por no haberlos visitado. “También somos católicos”, le dijeron. Sus hijos tenían una cita esa noche y fueron asesinados. Cuando los dos jóvenes salían por la puerta de su casa esa tarde, sus padres los estaban corrigiendo. Le dijeron a la Hermana Helen: “Si hubiéramos sabido que les estábamos diciendo las últimas palabras a nuestros hijos, les habríamos dicho que los amábamos”. En lugar de eso, sus últimas palabras a sus hijos fueron: “Arréglate la blusa”. “Ese pelo. Cierra la puerta”. Y con eso, sus hijos habían desaparecido. Todos amamos a las personas de nuestras familias, pero no siempre les decimos “Te amo”. Estas palabras expresan la verdad y nos mantienen enfocados. Nunca sabemos si las palabras que decimos a los que amamos serán las últimas que ellos escuchen.

Muchas empresas publican su declaración de misión. Aquí en San Antonio recientemente modificamos la nuestra. Está colgada en la puerta principal de la iglesia y aparece cada semana en la portada de nuestro boletín: “La comunidad de la Iglesia Católica de San Antonio alaba a Dios por las familias y los vecinos que nutrieron nuestra fe. Acogemos la diversidad de personas que viven dentro de nuestro vecindario y a los que lo apoyan desde fuera. Nos esforzamos por seguir los mandamientos de Dios, proclamar la buena nueva de Jesucristo, desafiar la indiferencia y ayudar a los necesitados”. Esas palabras nos mantienen enfocados.

En toda la Iglesia Católica repetimos nuestras creencias fundamentales en el credo de la misa todos los domingos. Eso nos mantiene enfocados en nuestra fe. Durante la Cuaresma y la Pascua, la Iglesia nos invita a recitar el Credo de los Apóstoles. La tradición sostiene que los apóstoles mismos compusieron este credo; Cada uno de ellos aportó una parte. Lo usamos cuando empezamos el rosario. Cuando los catecúmenos se preparan para el bautismo, les presentamos el credo. Nosotros lo proclamamos en voz alta; Lo oyen de nuestros labios y corazones. El día de su bautismo, ellos nos recitan el credo, para demostrar que lo saben y que están preparados para vivirlo. Momentos antes de ser bautizados, se les pregunta: “¿Creen en Dios Padre? ¿Creen en Jesucristo? Y creen en el Espíritu Santo?” Ellos responden, “Creo”, a cada pregunta. Después de su bautismo se unen a nosotros cada domingo, recitando las palabras del credo para mantenerlos enfocados en su fe.

La primera lectura de hoy nos cuenta un evento que ocurrió el primer domingo de Pentecostés. Los apóstoles estaban llenos del Espíritu Santo, y Pedro le habló a la multitud reunida en Jerusalén. Sin importar el idioma que hablaban sus oyentes, todos comprendieron su mensaje: “Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes, mediante los milagros, prodigios y señales ustedes utilizaron a los paganos para clavarlo en la cruz. Pero Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte.” Pedro les explicó que los apóstoles eran testigos de Jesús resucitado y que su resurrección fue profetizada por David en el Salmo 16, que recitamos hoy en el salmo responsorial. Esta lectura contiene la primera proclamación del credo hecha por los apóstoles. Proclama en unas cuantas estrofas lo que creemos y por qué. Nos mantiene enfocados. Puede que no le demos mucha importancia, pero cuando recitamos el credo en la misa cada semana, nos aseguramos de que esas palabras estén entre las últimas palabras con las que nos dirigamos a Dios en esta vida. Y no, “Dame esto”, o “Dame aquello”, sino “Yo creo”.

SUNDAY, APRIL 30, 2017